

EDUARDO MARTINEZ Y REBOLLO

FAJARDOS Y MANUELES

LEYENDA

MURCIA

Imprenta de «El Diario»

1890.



Q 388001

DTN

19057

Ext. 242222

C.B. 1487529

EDUARDO MARTINEZ Y REBOLLO

FAJARDOS Y MANUELES

LEYENDA

PREMIADA EN EL CUARTO CERTÁMEN DE «EL DIARIO»



MURCIA:

Imprenta de «El Diario» ●

1890.

AL BUEN MURCIANO

DON JOAQUIN FONTES CONTRERAS

dedica esta leyenda murciana

El Autor.

FAJARDOS Y MANUELES

I

Removiendo cenizas que en las tumbas
al soplo de los siglos yacen frías:
condensando los átomos perdidos
que del pasado en los espacios vibran;
buscando en los escombros solitarios
de antiguos murallones y ruinas
los restos de otra edad y otras centurias
en cuyos huecos su recuerdo anida,
como el ave nocturna á quien ofenden
el movimiento y resplandor del día:
queriendo, patria, escudriñar tu historia,
ante su libro, hincado de rodillas
me tienes á tus piés. No busco alegre
cataratas de amor y poesía,
ni el dulce aroma de tus gayas flores,
ni de tus huertas á las flores mismas,
para ofrecerte un cántico amoroso
inflamando mi tosca fantasía.

Quiero apartar el misterioso velo
que esconde lo que fué, y en la tranquila
región donde la muerte ha sorprendido
el paso de otra edad, templar mi lira.
Y ver brillar al misterioso rayo
de la luna estival, la comitiva
de seres, que vivieron hace siglos,
desfilando ante mí: y en la sombría
y muerta procesión petrificada,
clavar ansioso la curiosa vista,
sorprender las hazañas de los héroes,
arrancar al traidor sus villanías,

y de entre el polvo que sus cráneos cubre
sacar una leyenda y darles vida.

Espíritus que errais, flotando inquietos
del áire azul en la sutil neblina,
átomos ténues de dorado polvo
que entre el rayo de luz formais las líneas
que cruzan de la tierra hasta los cielos
como las cuerdas de asombrosa lira;
ecos perdidos, que la abrupta sierra
á las llanuras, en la noche, envía,
y otra vez retornais, amaneciendo,
á hundiros en las cóncavas guaridas
que para albergue eterno y solitario,
os ofrecen las rocas de las cimas:
parad un punto el tenebroso vuelo,
testigo mudo de una edad antigua,
y descifrad, llegando á mis oídos,
de su secreto el misterioso enigma.

Cien lustros han pasado: nada queda
de cuanto entonces palpité con vida,
y solo en los anales de la Historia
con vagos caracteres se consignan
los hechos que relatan hoy mis versos,
que en la olvidada tradición se inspiran.
Ella es el gérmen de mi audaz leyenda:
y pues que tuya es, Murcia querida,
permite, al ofrecértela de hinojos,
que te devuelva tan feráz semilla.

II

El último tercio corre
del siglo décimo cuarto:
gobierna Enrique el *Doliente*
los dominios castellanos,
ó gobiernan en su nombre
sus magnates más preclaros:
porque si el adolescente
muestra medida y buen ánimo

y es capaz, sin grave aprieto,
de gobernar sus estados,
no le permiten las leyes
por su tierna edad tal cargo.

Y por más que en el Consejo
haya Barones tan altos,
que alienta á muchos la sangre
de príncipes soberanos: (1)
y apesar de que en Ocaña
solemnemente juraron,
en la Santa Eucaristia
poniendo las diestras manos, (2)
ser fieles á don Enrique,
como leales vasallos,
los poderosos Maestres
de Calatrava y Santiago,
pronto estalló, por envidias,
rivalidades y escándalos,
gran marejada de enconos,
promovedora de bandos
que en grave apuro pusieron
al reino y lo ensangrentaron.

Y rujió aquí la tormenta
con mayor ímpetu acaso;
al cielo de Murcia cubre
espesísimo nublado,
y en los furoros deshechos
con que se agita bramando,
quizás no advierta que siempre
de la nube surge el rayo,
y que es más rudo y certero
cuando viene de más alto.

Encuéntrese dividida
por el furor de dos bandos
á quienes llama la Historia
los MANUELES Y FAJARDOS.

Es caudillo del primero
el Obispo don Fernando
de Pedrosa, y del segundo
el ínclito Adelantado
del Reino, Alonso de Yañez,
gloria del suelo murciano.

Andrés García de Laza,
poderoso potentado,
que tiene, con sus mercedes,
de su parte al pueblo llano;
espíritu aventurero,
sediento de prez y mando
es alma de los Manueles,
con los que está emparentado.

¿Cual es la causa de su odio?
¿Por qué á la pátria hacen pasto
de horribles carnicerías
que infunden pavor al ánimo?
¡Quién lo sabe! Odios ó amores
que al corazón agitando
rompen su carcel y salen
prevenidos al estrago,
como el torrente de lava
que arrasa y yerma los campos.

Dicen, que el Conde famoso
de Carrión, á Fajardo
envió con un mensaje,
cierto día no lejano,
á las Peñas de San Pedro,
donde quisieron matarlo
por secreta orden del Conde
que lo engañó asáz villano. (3)
Y el Conde, al ver que no pudo
realizarse el atentado,
quiere unirse á los Manueles,
un hijo suyo casando

con la hermana del Obispo,
y de este modo aliado,
juntando fuerzas y enojos,
esterminar al contrario.

Ello es lo cierto que se odian
como hienas y leopardos,
sin que ni el Rey ni sus jueces
consigan apaciguarlos.

III

Por la florida ríbera
que el Thader fecundo baña,
numerosa comitiva
hácia Murcia se adelanta.
Fórmala gente lucida,
toda joven y gallarda
vestida de sedas y oro
y armada de ricas armas.
Sobre los yelmos brillantes
flotan las plumas livianas
que en la cimera se apiñan
y azotan la dura malla,
formando bullentes combas
de espumosa catarata.
Ténue la luz cabrillea
en yelmos y partesanas
y envuelve en áureos matices
capellares y gualdrapas,
caballeros y caballos,
gallardetes, oriflamas,
valonas y sobrevestas,
tierra, atmósfera y espadas.

Juan Sanchez, hijo del Conde
de Carrión, adelanta
sobre un trotador ginete
de pura sangre africana.

Él es el héroe de aquella
expléndida cabalgata,

y viene á los desposorios
de sus bodas concertadas
con Isabel de Pedrosa,
del ilustre Obispo hermana.

Resplandeciente alegría
en todos los rostros campa,
como brilla en los picachos
la nieve de las montañas;
como el sol en los girones
de la nube arrebolada,
como la ardiente amapola
en campo de mieses gualdas.

Solo una nota disuena
en esta armonía gárrula:
nota siniestra, sombría
que abrumadora se exhala
de la mirada del Conde,
que centellante clavándola
sobre los muros de Murcia
que á lo lejos se destacan,
parece mandarle en ella
el rencor en que se abrasa.
Mas nadie sus iras sonda,
y sigue la cabalgada
con creciente algarabía,
de la ciudad en demanda.
Y llega al pié de sus muros:
pero se detiene extática
al sentir que, con estruendo,
cierran sus puertas ferradas.

Sus ojos de halcón el Conde
feróz hunde en la muralla:
lleva á sus labios la trompa
y arroja una nota brava
que se aleja, retemblando,
y devuelve la montaña

con agreste voz, hendiendo
del aire las ondas vagas.

Sigue un silencio profundo:
después por la barbacana
Alonso Yañez Fajardo
el busto fornido saca,
y dice, con voz de trueno,
entre iracunda y sarcástica:
—La puerta no puede abrirse:
prueba, Conde, á derribarla
ó penetra, sinó sabes,
por cima, como las águilas.--(4)

Y se hunde tras las almenas:
y el Conde, ciego de rábía,
vuelve con su hijo y sus déudos
por la vega solitaria,
á desandar el camino
meditando su venganza. (5)

IV

¿Cómo el furor encendido
que los Manueles sintieron
con este infamante ultraje
podrán expresar los versos?
Ni el tigre, al sentirse herido
por la sierpe, en el desierto,
ruje con furia tan brava
ni se revuelve más presto:
ni es tan mortal la ponzoña
que llena el alma del siervo
cuando, amarrado al grillete,
le azota brutal su dueño:
ni es del caballo salvaje
mayor el ímpetu fiero
con que bota y se retuerce
al tascar el primer freno,
que la ponzoña y la furia
y el impetuoso infierno

que atarazó á los Manueles,
cuando en su orgullo altanero
crujió el latigazo rudo
que sus contrarios le dieron.

Rayos frágua el buen Obispo
en el agitado pecho
contra Fajardo y los suyos,
y contra todo el Concejo,
que ayudó al Adelantado
secundando sus proyectos.
Y no sabe qué le tiene
más afrentado y colérico;
la ofensa, por ser ofensa,
ó por dimanar de aquellos.

El Conde, que al fin entrara
por un real mandamiento,
mal, á su olímpico orgullo
opone inflexible freno;
y en la espantosa revuelta
de sus instintos perversos,
vá almacenando rencores
para soltarlos á un tiempo.
Y en tanto ruje y devora
su terrible vilipendio,
como león enjaulado
que olfatea sangre, hambriento.

Juan Sanchez ya no sosiega
hasta que logre el supremo
instante, en que á Alonso Yañez
le hunda la espada en el pecho.

Y Laza, astuto y osado,
como arcangel del infierno,
alienta y forja rencores,
y pone á la mina fuego,
aunque al saltar, estallando,

lo sepulte en sus fragmentos.

Tales se encuentran sus ánimos:
y reunidos en secreto
en las casas obispales,
con marciales paramentos,
fráguan, discuten, maduran
los sanguinarios proyectos
que agitan sus corazones
y consumen sus cerebros.

Laza, mordaz, incisivo,
pero arrogante y soberbio,
prueba, con buenas razones,
de sus cábalas el éxito:
analiza el pró y la contra,
somete la fuerza al peso
del número de unos y otros;
cuenta, además, con el pueblo
que es suyo y que solo aguarda
la señal del alzamiento.
Y atónitos el discurso
acatando sus adeptos,
fian la empresa á sus manos
de entusiasmo y rencor ébrios.

Y Laza, sin más razones,
la ojiva del muro abriendo,
—¡al arma!—grita á las huestes
que allí congregó exprofeso.
Y todos cuatro se lanzan
á la puerta, descendiendo
por la escalera, que gime
de las armas bajo el peso,
mientras que ráudo torrente
de formidables guerreros
vomitando está el palacio
como gigante hormiguero;
que por las puertas parece

cordón retorcido y prieto
de cabos multicolores,
que se destuercen á un tiempo,
derramándose en cien hilos
que las calles van cubriendo.

Laza, con ánimo fuerte
á fuer de soldado esperto,
encontrándose doquiera
vá encauzando el movimiento:
cierra las puertas de Murcia,
las guarda con gran refuerzo
de soldados, y concentra
al rededor del Concejo
y casa de Alonso Yañez
las fuerzas de aquel ejército,
que á banderas desplegadas
y los tambores batiendo
como una avalancha rueda
entre el fragor de su apresto
y el vibrar de las campanas,
que con poderoso estruendo
tocando rebato, infunden
terror invencible al pueblo.

Los déudos de los Fajardos,
sorprendidos del suceso,
sobresaltados se aprestan,
loriga y cota ciñendo,
á vender caras sus vidas
que miran en grave riesgo.
Y no hay en Murcia uno solo,
hidalgo, noble ó pechero,
que en defensa de algun bando
no esgrima en su mano un hierro.

Y crece la algarabía
y el tronante clamoreo
que forman voces, campanas,

crugir de espadas y petos
y cerdear de banderas
azotadas por el viento.

Súbite, ronco estallido,
como el rebramar del trueno
rasga en girones la atmósfera
y trepidar hace al suelo:
las huestes beligerantes
se afrontan con rudo estrépito,
chocando en su acometida
como montañas de acero.
Vuelan al aire cimeras,
la espada bate en los yelmos
y espesa nube de polvo
ensombrece al firmamento.
Ruedan, se abrazan, se hieren
en el hirviente escarceo;
de los pulmones se escapa
silbando ronco el aliento
y corre la sangre ardiente
formando arroyos bermejos.

La masa compacta se abre
formando un círculo estenso,
como palenque cerrado
á un *juicio de Dios* abierto.

El Conde, en pié, como un cíclope,
observa con duro ceño,
en la mitad del circuito,
como aguardando un encuentro,
fijo en la diestra el montante
hasta el gavilan sangriento.

Alonso Yañez Fajardo
que lo vé de lo más récio
del combate, como un tigre
hacia el Conde vá derecho:

riñen con fúria inaudita,
en cada golpe vertiendo
todo el rencor de sus razas
amontonado en sus pechos:
la espada, al caer silbando,
parece barra de fuego
que azota macizo yunque
sin que logre conmoverlo:
hasta que al fin, la de Yañez,
con chirrío plañidero,
hunde su punta en la férrea
coraza del Conde egregio,
haciendo saltar la sangre
en borbotón raudo y negro.

Y otra vez vuelven á unirse
los grupos de entrambos tercics,
ahogando á los combatientes
en su furioso escarceo,
que se agita todavía
de la noche bajo el velo.

Duró tres dias la lucha:
tres dias de luto inmenso
que dejó á Murcia asolada,
cubierta de sangre y muertos.
Y vencidos los Fajardos
de su recinto salieron
con sus huestes, á ampararse
de Don Enrique Tercero. (6)

V.

De aquella sangrienta lucha
dos años han trascurrido:
con una carta que el Rey
escribió al guerrero Obispo
amenazando de muerte
á su indomable partido,
regresaron los Fajardos,
ocuparon sus destinos

Alcaldes y Regidores
de entonces destituidos,
quedaron Concejo y Villas
en apariencia tranquilos
y aplacados los rencores,
sinó muertos y extinguidos.
Mas si acaso de la hoguera
se consumió el fuego vivo,
tal vez queda entre cenizas
algun tizón encendido,
que al soplarlo se convierta
en incendio voracísimo.

Y Laza sopla y atiza,
de su poder engreído,
sin comprender que su juego
puede arrastrarlo al abismo.
Procurador por ahora
del murciano Municipio:
con gran préz entre la plebe
que lo adora como á un ídolo;
dueño de las voluntades
de los grandes y los chicos;
acatado por los unos
y por los otros temido,
puede decirse que Laza
es el rey de estos dominios.
Sin más freno que su antojo,
sin más ley que su capricho,
ata y desata á su gusto,
de los suyos en servicio,
ya por ley, ya contra ley,
que para él es lo mismo:
y en una infame cadena
de vejación y ludibrio,
unce á su carro triunfante
á los contrarios vencidos.

A tantos males, remedio

poner el Rey ha querido:
pero al tropezar sus jueces
con tan potente enemigo,
rompiendo, de la balanza
de la ley, el equilibrio,
sin conseguir domeñarlo.
como vinieron se han ido.

Mas hoy que crece el escándalo
en revuelto torbellino
y hasta las gradas del Trono
llega su bárbaro grito:
hoy que de Murcia emigrando
lo mejor y más florido
de su nobleza, se ampara
de los reinos fronterizos;
hoy, en fin, que de tutores
el joven Rey ha salido,
quiere dar á los culpables
correspondiente castigo.
Y á don Ruy Lopez de Dávalos,
su poderoso valido,
amplio poder le confiere
para cumplir su designio.

VI

Entró en la ciudad Ruy Lopez
sin aparato de guerra:
como juez que vá á fallar
en justicia una querella;
no cual temible caudillo
que vá á someter por fuerza
la hostil actitud creciente
de un pueblo que le bravéa,
capaz de dar con las gradas
del trono del Rey por tierra.

Con solos doce soldados
pasa de Murcia las puertas,
y en las casas obispales

con ellos doce se hospeda,
llamando al siguiente día
al de Laza á su presencia,
seguro de dar remate
en breve plazo á su empresa.

Recibe el mensaje Laza
con desdeñosa soberbia
sobre el pináculo erguido
de su ascendiente y su fuerza,
y á ver á Ruy Lopez Dávalos
seguidamente se apresta,
como aquel que nada teme
de potestades terrenas:
como el que á tratar las paces
vá de potencia á potencia
y estima, que con tratarlas,
al otro obligado deja.

Y por dar prueba palpable
de invencible omnipotencia,
por más que la juzga inútil
por notoria y por añeja;
más que por ir prevenido,
por altivez y soberbia,
á los haces de su tropa
al son de tambor congrega,
y con seis mil combatientes
por la ciudad atraviesa,
en actitud belicosa
desplegadas las banderas.

Dávalos, por la ventana
de la sala donde espera,
vé llegar hasta el palacio
la innumerable caterva
que en confusión apretada
la plaza y sus calles puebla,
brillando con los reflejos

de la luz, que cabrillea
al quebrar sus rayos de oro
en las cotas milanesas,
y ensordeciendo el espacio
su zumbido de colmena.

Y luego, orgulloso, altivo,
vé como Laza penetra,
con el porte de un monarca,
con armas y sobrevesta
cuajadas de pedrería
que á la vista ofusca y ciega,
y se fija, sobre todo,
en su arrogante cabeza,
donde finje una corona
aquel birrete de seda
con piochas de diamantes
y espesa malla de perlas.

Luego percibe sus pasos
al subir por la escalera,
y al crugir de la dalmática
al rozar con la escarcela;
hasta que al fin el magnate
en la sala se presenta.

Alta la frente y la vista
vertiendo audacia suprema,
en la mitad de la estancia
parado un instante queda:
y muy breve: porque al punto,
obedeciendo á una seña
de Ruy Lopez, un soldado
de los doce que trajera,
aquella cabeza altiva
por la cerviz le cercena.

Y asiéndola Lopez Dávalos
de la abundosa guedeja

la conduce á la ventana
y á la turba la presenta,
que se repliega esquivando
la lluvia de sangre espesa
que destila en rojos hilos
por las palpitantes venas.

Ruje la chusma aterrada,
con bramidos de tormenta,
y Dávalos dice airado
con voz que ruda resuena:
—Lo mismo que hice con Laza
haré con el que se atreva
á levantar sediciones
que los reinos comprometan
y alce el grito ante esta sangre
como señal de protesta.—
Dice, y arroja á la turba
la ensangrentada cabeza.

Y desde entonces es fama
que jamás, en Murcia entera,
volvió á levantar el grito
su levantisca nobleza.

NOTAS

— —

(1) Entre los grandes que componían el Consejo, se contaban el Duque de Benavente, D. Fadrique de Castilla, Marqués de Villena, D. Alonso de Aragon y D. Pedro de Castilla, Conde de Trastámara.

(2) Gil Gonzalez Dávila, «Crónica de D. Enrique III», cap. VI.

(3) Cascales.—«Discursos históricos de Murcia y su Reino.»—Discurso XI, cap. I.

(4) En los «Reyes nuevos de Toledo», libro IV, capítulo III, se lee... «viniendo el tal caballero (*Juan Sanchez*) á tener los desposorios y sus bodas en la ciudad, donde estaba, al parecer, la novia, la Ciudad, por orden de los Fajardos, le cerró la puerta y no quiso recibirle; esto en odio de los Manueles, á quienes favorecía el Obispo».

(5) Según afirma Cascales, en la misma obra y texto antes citados, no fueron admitidos en la ciudad hasta que el Rey lo ordenó en cédula dada para ello expresamente,

(6) Como los Fajardos no estaban prevenidos para el lance, y como eran menos en número que sus contrarios, pasados los tres días, tuvieron que aceptar la proposición que aquellos les hicieron de abandonar la Ciudad con el Concejo que era suyo. Caso de que no aceptasen, los Manueles les amenazaban con pasarlos á cuchillo. Y por más que los Fajardos quisieron luchar antes de aceptar tan afrentoso partido, el Adelantado se opuso á ello, considerando los males que causaban á Murcia y el agravio que con ellos se infería al Rey. —Cascales, cita anterior.

